

LAS UTOPIAS URBANAS DEL SIGLO XIX, HERENCIAS Y CARENCIAS: LA CARENCIA SOCIAL FRENTE LA HERENCIA TÉCNICA

Lluis Frago Clols

Universidad de Barcelona

llfrago@ub.edu

Sergi Martínez-Rigol

Universidad de Barcelona

martinezrigol@ub.edu

Las utopías urbanas del siglo XIX, herencias y carencias: la carencia social frente la herencia técnica (Resumen)

Este artículo plantea la necesaria revisión de algunas propuestas urbanas utópicas de la segunda mitad del siglo XIX desde el punto de vista de realizar un balance de qué tienen de utópico las llamadas utopías. Por ello, estas reflexiones se centran especialmente en las propuestas urbanas de los denominados socialistas utópicos de finales del siglo XIX y en sus secuelas en la planificación urbana posterior. La metodología de trabajo se basa en la combinación de los trabajos bibliográficos y los trabajos de campo. La revisión bibliográfica se ha realizado sobre todo a partir de la relectura de los textos clásicos, junto a la lectura de algunas nuevas aportaciones.

Palabras clave: utopias urbanas, herencias, socialistas utópicos

The XIXth Urban utopias, legacies and shortages: the social legacy before technical shortage

This paper presents a necessary revision of urban proposals of the second half of the nineteenth century, with the aim of carrying out a balance of what those so-called utopias have of utopic. Therefore those reflections are especially focused on urban proposals called utopian socialists of the late nineteenth century and its impacts on the subsequent urban planning. The working methodology from which ideas and discussion are developed is based on the combination of bibliographic work and fieldwork. The literature review has been conducted mainly from the reinterpretation of the classic texts with the reading of some new contributions.

Key words: urban utopies, legacies, utopian socialists

Una revisión de las propuestas urbanas de la segunda mitad del siglo XIX puede tener un doble objetivo. En primer lugar, realizar un balance de qué tienen de utópico las

llamadas utopías¹. Las reflexiones que aquí se presenta se centran especialmente en las propuestas urbanas de los denominados socialistas utópicos de finales del siglo XIX. Y, en segundo lugar, se pretende analizar cuáles han sido las secuelas de estas propuestas urbanas en la planificación urbana posterior. Todo ello, desde el convencimiento de la necesidad de una revisión de las propuestas urbanas de la segunda mitad del siglo XIX, para poder entender mejor la planificación urbana actual y sus carencias.

La utopía social se sustentaba en un nuevo tipo de relaciones sociales. Pero esta nueva sociedad no se debía crear en el seno de las ciudades industriales de Francia o Inglaterra ya existentes, tal y como propugnaban Marx (1818-1883) y Engels (1820-1895)², sino que para que pudieran cristalizar, se debería crear un nuevo tipo de asentamiento urbano, donde cohabitarían todas las funciones que harían a hombres y mujeres más libres. Este nuevo tipo de asentamiento urbano sería producto de la transformación antrópica del medio que la técnica constructiva del momento posibilitaba. Es en esta vertiente técnica de las propuestas urbanísticas de los socialistas utópicos del siglo XIX donde situamos uno de los pilares principales de sus propuestas.

En el contexto en que las ciudades han sido, y son, el principal elemento articulador de la sociedad, se puede establecer también que las principales transformaciones sociales de los últimos dos siglos han venido articuladas por revoluciones que han tenido como lugar privilegiado a las ciudades. Es a partir de estas nuevas relaciones sociales en las ciudades que se han ido creando maneras distintas de producir ciudad. Así se puede establecer que no existe ninguna mejora social que venga motivada únicamente por innovaciones técnicas en la manera de construir la ciudad a pesar de que muchas de estas técnicas urbanísticas para construir ciudad se han difundido hasta nuestros días.

Esta comunicación se integra en un grupo de trabajo más amplio, que incorpora a otros dos artículos de esta publicación. En primer lugar “Del sueño utópico a la realidad urbana: definiendo y defendiendo la utopía de las propuestas urbanas a las propuestas políticas”, elaborado por el dr. Carles Carreras y Alejandro Morcuende, donde se debate el concepto de utopía. Y un segundo artículo titulado “La ciudad creativa como utopía y una alternativa a partir de Walter Benjamin”, elaborado por Eduard Montesinos. Es por este motivo que esta comunicación no pretende debatir sobre el concepto de utopía, sino que lo que busca es analizar qué ha quedado de los dos ejes con los que se sustentan las utopías urbanas del siglo XIX: lo técnico y lo social. Se parte de la hipótesis que las condiciones de unicidad de la técnica, intrínsecas al medio técnico-científico informacional,³ han comportado una difusión global de la técnica urbanística con la que se sustentaban las utopías urbanas del siglo XIX. Por lo que respecta al contenido social de las utopías urbanas del siglo XIX, eminentemente de carácter socialista⁴, establecemos una segunda hipótesis: en paralelo a la difusión global de la herencia técnica de esas utopías en el urbanismo, desde el siglo XIX hasta nuestros días, ha habido un vaciado de todo el contenido social que perseguían inicialmente.

Las utopías urbanas del siglo XIX

¹ Este artículo, fruto de una comunicación presentada en el XIV Congreso Internacional de Geocrítica, realizado entre los días 2 y 7 de mayo de 2016, se enmarca en un conjunto de tres presentaciones sobre las utopías urbanas.

² Marx, Engels 1848.

³ Santos 1996.

⁴ Cole 1953.

El principal fermento de las ideas socialistas durante el siglo XIX se sitúa en los países más industrializados del momento; es de este manera que sobre todo se pueden destacar los owenianos en Inglaterra y los fourieristas y saintsimonianos en Francia.

El punto de partida de todos estos pensadores es el mismo: la convicción de que el bienestar humano es inconciliable con la lucha social por la conquista de los medios de subsistencia y de que el principio del interés colectivo, sustituyendo al individualismo, debe ser el punto de apoyo para conseguir la transformación del mundo.

Las herencias filosóficas de los socialistas utópicos se sitúan sobre todo en el siglo XVIII: Saint-Simon (1760-1825) vuelve a proponer el racionalismo y el utilitarismo de los enciclopedistas, Fourier (1772-1837) parece haber recogido la difícil herencia de Rousseau (1712-1778), mientras que Owen (1771-1851) hace gala de una fe sin reservas en la perfectibilidad humana y en el vínculo “natural” entre ambiente y sociedad. A pesar de estos posicionamientos, los utopistas tienen la habilidad, en diferentes grados de conciencia y precisión, de captar algunos puntos importantes de la crisis urbana que ellos sitúan sobre todo en el retraso del desarrollo de las técnicas aplicadas en el ambiente social, respecto otro tipo de técnicas altamente desarrolladas, como las militares y las productivas. Esta revolución técnica contrasta con los problemas derivados de la oposición campo-ciudad, de la movilidad de la población residencia-trabajo, la carencia de servicios sociales, o la segregación social dentro de las ciudades, unas debilidades que los socialistas utópicos quieren resolver⁵.

En este contexto radica una de las ideas clave de estos utopistas, y es que la mejor sociedad futura se va a alcanzar a partir del equilibrio entre la propuesta social y la innovación técnica que deberá permitir el nuevo orden espacial. El papel destacado de la técnica para construir este nuevo orden espacial es un aspecto trascendental en las propuestas de los utópicos. Una parte importante de las críticas a estos modelos vinieron motivadas justamente por la nula concepción de alcance global que tenían sus propuestas, tal y como dejaron claro Marx y Engels⁶, y es que según estos autores la innovación técnica según los socialistas utópicos debería permitir alcanzar una cierta convergencia de intereses entre burgueses y proletariado. Pero en el fondo, a partir de los acontecimientos de 1848, los movimientos políticos, el marxismo y el socialismo especialmente, tendrían clara una estrategia general en las ciudades que se situaba fuera de los nuevos órdenes técnico-espaciales, dado que la conexión entre las “instancias políticas y urbanísticas” ya estaba totalmente al servicio de la burguesía.⁷

Por otro lado, también es importante destacar que esta pérdida de validez de las propuestas de los socialistas utópicos se debe al papel que adquiere progresivamente el gobierno y la administración en hacerse cargo de algunas problemáticas sociales.⁸ Siempre desde un punto de vista eminentemente tecnicista y políticamente agnóstico, pero al servicio de la burguesía, intentan incorporar los fermentos reformistas y progresistas que sirven para construir el Estado laico-liberal que critica el *laissez-faire* de la sociedad capitalista y que impulsa la intervención planificada en algunos sectores,

⁵ Sica 1981 [1977], p.1093.

⁶ Engels 1892.

⁷ Sica 1981 [1977], p.1096.

⁸ Para el papel que adquiere el Estado en la construcción de la nueva ciudad es especialmente interesante el libro de David Harvey (2003) *París capital of Modernity*.

como por ejemplo la creación de parques públicos o dedicando esfuerzos a solucionar “el problema de la vivienda”.

En Inglaterra destaca Richard Owen (1771-1858), quien gracias a un rico enlace matrimonial pasó a ser copropietario de la fábrica escocesa de New Lanark en 1798, organizando a su alrededor un nuevo concepto de colonia industrial. Gracias al conocimiento en propia piel de las malas condiciones de vida de la clase trabajadora, ya que desde los 10 años había trabajado en una fábrica de algodón, a partir del 1 de enero de 1800 puede experimentar en esta fábrica de Irlanda el nuevo tipo de relaciones sociales basadas en un replanteamiento de la planificación de la producción y la distribución. Para Owen el trabajo humano es la medida de todos los intercambios, motivo por el cual se tiene que crear un mercado interno dentro del propio aparato productivo, junto con el aumento de la retribución de los trabajadores para convertirlos en consumidores de los bienes producidos, y no sólo instrumentos de producción.⁹ Estos cambios en las relaciones de producción también buscan armonizar el trabajo agrícola con el industrial y superar la contradicción campo y ciudad, que buena parte de las propuestas utópicas urbanas contemplan. Es a partir de esta nueva gestión en las fábricas que se pueden conseguir los principales objetivos de Owen: reducción del número de horas de trabajo, la mejora de las condiciones de la vivienda y una escolarización obligatoria.¹⁰

Especialmente importante es para Owen la escolarización de los más jóvenes, motivo por el cual en 1816 crea en New Lanark un centro singular denominado la Institución para la Formación del Carácter¹¹. Dicha institución consistía en una especie de guardería que debía servir para instruir a las crianzas en los buenos hábitos, con la finalidad de apartarlos del circuito vicioso de la pobreza y que a la vez les incorporara en mundo laboral con la máxima dignidad cuando fueran mayores. El éxito en el funcionamiento de la Institución y de los otros servicios en New Lanark le permitió que en 1817 presentara su propuesta al Parlamento como una forma para solucionar el problema de la pobreza en Inglaterra.

Para poder alcanzar todos estos objetivos sociales Owen propuso su modelo técnico que aparece por primera vez el 9 de agosto de 1817 en el *Times*, y que consiste en un asentamiento capaz de albergar, por término medio, a 1.200 personas sobre una superficie comprendida entre los 1.000 y 1.500 acres: la planta del complejo está constituida por una gran unidad edificatoria y tiene forma de cuadrilátero (el “paralelogramo”), distribuida interiormente por espacios menores determinados por las edificaciones precisas por los equipamientos públicos (entre los cuales se encuentran la escuela, los refectorios, las cocinas, la biblioteca y los locales para los adultos). Tres lados del cuadrilátero están formados por habitaciones, mientras que el cuarto está constituido por un dormitorio destinado a los niños de edad superior a los tres años o que pertenezcan a familias que cuentan con más de dos hijos. Alrededor de este edificio se sitúan los huertos de autoabastecimiento y los jardines, y más lejos, ya en el campo, los equipamientos agrícolas debidamente distribuidos.¹²

⁹ Benevolo 1979 [1963], p.71.

¹⁰ Choay 1965, p.89.

¹¹ Owen 1813-1814; Cole 1930 [1925].

¹² Sica 1981 [1977], p. 1103.

Esta concepción cartesiana del tipo de asentamiento que debe permitir el desarrollo de la nueva sociedad libre y socialista, es indicadora de la concepción que tiene Owen de la técnica entendida como una habilidad con capacidad para solucionar problemas sociales. Haciendo el símil con el sector industrial, Owen considera su paralelogramo con una máquina: “Si la invención de tantas máquinas ha multiplicado el rendimiento del trabajo en muchos terrenos, para beneficio inmediato de algunos hombres, a la vez que empeoraba la situación de muchos otros, (el paralelogramo) es una máquina para multiplicar la eficiencia física y el bienestar mental de toda la sociedad en forma limitada, sin perjudicar a nadie por rápida que sea su difusión”. Esta proposición de Owen constituye el primer plan urbanístico moderno desarrollado en todas sus partes, desde las premisas político-económicas hasta el programa constructivo y el presupuesto financiero.¹³

Los planes de Owen recibieron mucha atención, tanto por lo que respecta a la opinión pública como también en lo que se refiere a personajes del gobierno de aquellos momentos. Es de esta manera que con el intento de pasar de la teoría a la práctica fue a presentar sus proposiciones a grandes personajes de la época, como el futuro zar Nicolás I o a Napoleón I, confinado en aquellos tiempos en la isla de Elba. En todos los casos el fracaso fue estrepitoso, motivo por el cual si quería concretar su proyecto utópico lo tendría que impulsar él mismo.

El lugar elegido fue Norteamérica, el *Nuevo Mundo*, un lugar que se consideraba como repleto de oportunidades y, a la vez, una *tabula rasa* perfecta para empezar una empresa como la que planteaba a la postre un campo abierto a las experiencias que resultaban imposibles en Europa. Es de esta manera que Owen en 1825 funda la colonia New Harmony en el Estado de Indiana de Estados Unidos, donde adquiere un terreno de 30.000 acres por solo 190.000 dólares dónde desarrollar un nuevo concepto de relaciones laborales industriales. De ellas surgiría el cooperativismo, que él pensaba como alternativa al sistema capitalista. Rápidamente las fuerzas centrifugas dentro de la colonia fueron lo suficientemente fuertes como para que Owen abandonara su misión en América en 1828¹⁴ y la colonia fracasara, una tónica que se repitió en todas las otras colonias fundadas por él o sus seguidores: se deshizo la comunidad cooperativa de Orbiston en Inglaterra, y también la de Rahaline, en Irlanda.¹⁵

En Francia, las propuestas fueron más numerosas como consecuencia del desarrollo de la Revolución Francesa (1789). Destaca, en primer lugar, aunque a nivel teórico, Henry de Saint-Simon (1760-1825). Propugnaba una sociedad sin clases cuya organización debía basarse en la Ciencia y en la Industria. Ni Saint-Simon ni sus seguidores llegaron al terreno urbanístico con un mínimo de precisión técnica, pero transmitieron a la cultura francesa una aspiración de actuar a gran escala y un énfasis moralista en las grandes infraestructuras¹⁶.

Contagiado por el universalismo del siglo XVII, lleva a considerar la unión entre el universo de las ciencias y la vida humana y, por el otro lado, viene a considerar la

¹³ Benevolo 1979 [1963], p.74.

¹⁴ Una vez de vuelta a Inglaterra Owen se convirtió en uno de los máximos impulsores del movimiento obrero inglés.

¹⁵ Sica 1981 [1977], p. 1099.

¹⁶ Benevolo 1979 [1976], p. 80.

Revolución de 1779 como la definitiva divisoria entre la antigua sociedad feudal y la nueva sociedad industrial. De la sociedad de su tiempo, Saint-Simon ve sobre todo la oposición que se da entre quien produce y no consume y quien consume y no produce.

En segundo lugar, destaca Charles Fourier (1772-1837), a quien se debe una propuesta utópica precisa y minuciosa, muy distinta de los planteamientos de Saint-Simon. Su principal propuesta es la del Falansterio¹⁷, edificio colectivo mixto de producción y residencia, en el que se estructuraba una nueva sociedad sin el núcleo familiar tradicional. Esta propuesta se inscribe dentro de una visión propia del progreso de la humanidad a través de siete fases que conducen a una armonía definitiva. El periodo actual –la fase de la *civilización*, caracterizado por la anarquía individual- es solo un periodo de transición hacia los dos últimos estadios, el del *garantismo* (sexto periodo) y el de la *armonía*.

La ciudad del *garantismo* que propone Fourier deberá superar el desorden y la anarquía de las ciudades contemporáneas, pero aún no serán perfectas por lo que respecta sobre todo a la comunidad que la habita tal y como se verá. En el plan-visión de Fourier, la ciudad del *garantismo* está constituida por tres coronas concéntricas: la primera contiene la ciudad central, la segunda los suburbios y las grandes fábricas, la tercera los paseos y la periferia. La densidad de las edificaciones es decreciente desde el centro hacia el exterior (de hecho, el espacio no edificado es el doble del edificado en la segunda corona, y el triple en la tercera), además toda la ciudad está regulada por un minucioso código de la edificación que define distancias entre las unidades habitacionales en relación con las alturas, la anchura de las calles y las formas de los tejados.¹⁸

Probablemente la contribución más importante de Fourier a los postulados del urbanismo del siglo XIX, definida en esta fase transitoria hacia la séptima fase de la *armonía universal*, es la prohibición de construir casas pequeñas, y la propuesta de construir casas colectivas que favorecerán la concentración de los servicios, y por lo tanto, las relaciones mutuas. En el último periodo, el de la *harmonía*, el problema del ordenamiento será replanteado a partir de un grupo funcional racionalmente compuesto, la falange, y de un dispositivo constructivo unitario, el Falansterio.

Las comunidades de Fourier son los Falansterios, término que procede del griego, *phalanx*, que son grandes edificios colectivos, con servicios y equipamientos comunales, como guarderías para niños dónde éstos son cuidados en comunidad. El *phalanx* hace referencia a grandes organizaciones militares masivas de soldados de infantería durante la Grecia clásica. Cada familia viviría en su propio apartamento, y utilizaría los restaurantes y salones comunes. Los pisos tendrían dimensiones distintas dependiendo de las necesidades y los gustos, así como diferencias económicas entre las distintas familias. Se darían premios a las familias con mayor capacidad de gestión, y siempre debería haber un capital que se irá reinvertiendo en el falansterio. Los Falansterios se financiarían a partir de la inversión voluntaria y no a partir del Estado o de las agencias privadas.

A nivel social Fourier elabora de manera pionera temas relacionados con el tipo de trabajo y la educación, aspectos que posteriormente atraerían a libertarios como

¹⁷ Fourier 1971 [1847].

¹⁸ Sica 1981 [1977], p. 1100.

Kropotkin (1842-1921) o William Morris (1834-1896), y que probablemente fueron dos de los aspectos que más repercusión tuvieron. Pensó que había descubierto una ley para la distribución de los trabajos más apropiados de los hombres, y se dispuso a idear una forma de organización social que la cumpliera. Las comunidades tenían que ser de un tamaño y una estructura diseñada para satisfacer este requisito ni demasiado pequeñas para dar a cada miembro una gama suficiente de opciones de ocupación, ni más grandes de lo necesario para satisfacer esta necesidad. Sus comunidades deberían tener unas 1.600 personas y deberían cultivar alrededor de 5.000 acres (estas cifras no estaban destinadas a ser rígidas, tanto es así que en sus últimos escritos su propuesta fue hasta las 1.800 personas). Es en la organización del sistema educativo donde se encuentran fuertes similitudes entre Fourier y Owen, y es que los dos creen que los niños deberían trabajar según sus deseos, guiándolos de manera espontánea hacia sus propios anhelos, así como hacia el bien de la sociedad¹⁹.

Su pensamiento no se nutre de otros escritores, sino que lo desarrolla solo, a partir de la observación de la naturaleza y la comprensión de la felicidad. La agricultura sería la ocupación principal de sus comunidades y las personas deberían consumir los productos producidos por ellos mismos. De ello se desprende que el tipo de agricultura con la que pensaba Fourier principalmente era la horticultura y la cría en pequeña escala de aves de corral. En esta sociedad las personas podrían elegir libremente su trabajo, y si había trabajos que nadie quisiera desarrollar, éstos serían ejercidos por los niños, una propuesta que contrasta con la importancia que Fourier otorga a la educación.

Fourier, a diferencia de otros utópicos coetáneos como Saint Simon, piensa mucho más en las cuestiones individuales y en los deseos del individuo que en las grandes generalizaciones colectivas que tenían que permitir, según Saint Simon, la revolución a partir de la unificación e integración de la sociedad. Las diferencias de escala en el pensamiento de cada uno de estos dos pensadores también se detecta en la concepción diferenciada de la técnica; mientras que a Fourier la revolución tecnológica no le interesa, a Saint Simon sí, hecho que se traduce en una nula preocupación por la producción agrícola a gran escala del primero. Del mismo modo, para Fourier la propiedad privada no debería ser un título que se tuviera que suprimir, mientras que para Saint Simon sí.²⁰

Fourier no defiende la igualdad económica total, ni tampoco se opone a los ingresos no derivados del trabajo que sean producto de la posesión de capital²¹. Al contrario, está dispuesto a pagar premios especiales para la gente que tenga voluntad de invertir en los Falansterios, porque el trabajador también es considerado como capitalista-propietario, convirtiéndose en un inversor de los Falansterios. Incluso considera que, ya que los Falansterios no se podían construir de manera inmediata, éstos podrían ser dirigidos por capitalistas a los que se intentaría modificar su forma de pensar.

Tal y como muy a menudo pasa con los intelectuales más importantes, es a partir de la muerte de Fourier que las iniciativas fourierianas se difunden de manera más acelerada, tanto en América como en Europa. Después del estrepitoso fracaso del único intento que pudo impulsar en vida Fourier en Conde-sur-Vesgre (Francia) en 1832, fue durante la

¹⁹ Cole, 1953, p. 63.

²⁰ Cole, 1953, p. 64.

²¹ Cole 1953, p. 66.

década de 1840 cuando sus principales seguidores impulsaron numerosas iniciativas, fundándose un total de 41 comunidades experimentales en EUA durante este periodo, pero también en Rusia, Rumanía y España, dónde las tierras gaditanas acogieron una experiencia entre 1841 y 1842²². Entre los discípulos de Fourier el más activo es Victor Considérant (1808-1893) que se estableció en Norteamérica dónde también terminaron fracasando sus propuestas.

El modelo de falansterio de Fourier que nunca se materializó, tuvo como concreción más parecida el familisterio de Guisé Jean-Baptiste André Godin (1817-1888) en 1877 que se construyó en Guise (Francia). Un edificio colectivo parecido a las «colonias» owenianas de New Harmony (Estados Unidos, 1825) o de Harmony Hall (Gran Bretaña, 1840). Godin escribe sus planteamientos en el libro *Soluciones sociales*²³, donde adapta a su propuesta los postulados de Fourier incorporando algunos cambios: la agricultura da paso a la industria como sustento de la sociedad y se renuncia a la vida en común de Falansterio para situar en la familia la principal forma de organización de la vivienda, un hecho que lleva a definir el nuevo asentamiento como de Familisterio.

Finalmente, debemos destacar en Francia Etienne Cabet (1788-1856), quien después de participar de manera activa en la revolución de 1830, formuló en 1840 una nueva ciudad igualitaria en su novela utópica *Viaje a Icaria*²⁴. Esta obra fue publicada en Francia, después de la amnistía que se había aplicado un año antes y que le había permitido volver de Inglaterra donde conoció a Owen. El libro es una crítica a la monarquía de Julio y describe un país imaginario, Icaria, y su capital, Icara. Esta ciudad es una gran metrópolis que, contagiada por la utopía clásica, es circular y atravesada por un gran río que, desdoblándose, rodea a una isla también de forma circular. La ciudad presenta una clara organización funcional. A nivel social es regida por un comunismo integral y, tal como aparece en su folleto *Réalisation de la communauté d'Icarie*, debería contar con 10.000 o 20.000 hombres para llevar a cabo el programa. Esta propuesta se intentó implantar en Nauvoo, en Illinois, en Estados Unidos entre 1847 y 1858.

El conflicto con las realidades productivas y sociales contrarias, y la ingenua subestimación de los obstáculos materiales que se interponen en el camino de la construcción de una sociedad socialista planificada, llevaron al fracaso inevitable de todas las tentativas de reforma puestas en práctica, en gran parte, en los espacios libres del continente americano.

Los acontecimientos de Europa de 1848 borraron el valor ideológico de las propuestas de los socialistas utópicos, al quedar desmantelada la posibilidad de la conexión entre las instancias políticas y urbanísticas, permaneciendo únicamente los movimientos políticos, el marxismo y el socialismo, ligados a una estrategia general, pero contrarios (o no interesados) a plantear posibles ordenes espaciales diversos.

²² Joaquín Abreu (1782-1851), político español de claras tendencias anti absolutistas incorporó el socialismo utópico en España. Tuvo que emigrar a Francia en el momento que votó a favor de la destitución de Fernando VII. Uno de sus discípulos, Manuel Sagrario de Belyo ideó la creación de una colonia fourieriana en Tempul, cerca de Jerez de la Frontera. El proyecto fue aprobado por las Cortes Generales por Baldomero Espartero en 1841 pero nunca se construyó.

²³ Godin 1886 [1841].

²⁴ Cabet 1986 [1840].

Herencias de los socialistas utópicos en el urbanismo del siglo XX

Estas propuestas de Owen, Fourier y Cabet, expuestas de forma esquemática, constituyeron el gran veneno de ideas de las experiencias urbanísticas del periodo posterior.

Nuestras ciudades hoy, son reflejo de las grandes transformaciones sufridas por la ciudad europea a partir de, más o menos, la segunda mitad del siglo XIX. Hoy una parte del patrimonio urbano conservado, también algunas historias, e incluso la toponimia urbana en algunos casos, se encargan de recordarnos esa ciudad anterior, anclada seguramente en la Edad Media, o incluso, a veces en épocas anteriores. Pero las grandes transformaciones desde 1850 no sólo fueron físicas y sociales, sino que sobre todo, y para lo que aquí nos interesa, fueron también transformaciones en las maneras de conceptualizar la ciudad, sus problemas y el abordaje de éstos, haciendo especial énfasis en el papel que ha jugado la técnica.

Así, se puede establecer que a partir de 1850 el urbanismo pasó a ser considerado una ciencia social, con capacidad para poder resolver los problemas sociales. Y en esos momentos, la ciudad, esta aglomeración que se estaba difundiendo por todo el mundo, que sufría los efectos multiplicadores que la industrialización imponía, concentraba una parte importante de estos problemas. Esta concepción del urbanismo la introduce Ildefons Cerdà (1815-1876), en su obra *Teoría General de la Urbanización*, publicada en 1867, en la que se enfrenta a los problemas generados por la revolución industrial en el caso concreto de la ciudad de Barcelona. Se crea así una disciplina nueva, que ha ido desarrollando teorías diversas, pero que plantea en el fondo la posibilidad de controlar el hecho urbano, la capacidad de planificar la ciudad en su globalidad. E incluso, en algunos casos, también la capacidad de producir un modelo de ciudad diferente que pueda solventar los problemas sociales, modelos en los que se dibujan las actividades y las construcciones sobre el territorio, con una organización concreta, e incluso se llegan a describir con todo detalles los diversos elementos urbanos. Y es aquí donde la técnica tiene un papel esencial. Arquitectos e ingenieros, los agentes principales en el urbanismo moderno, propondrán soluciones basadas en la técnica para resolver los problemas sociales que la fusión entre lo urbano y la revolución industrial había creado.

Es en este sentido que se pueden identificar grandes semejanzas entre algunas de las proposiciones de Le Corbusier (1887-1965), de los arquitectos de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM) y la Carta de Atenas, y las propuestas de los socialistas utópicos del siglo XIX, anteriormente explicados, pasadas por el filtro de este nuevo urbanismo y el papel de la técnica. Por ejemplo, la vivienda colectiva de Fourier tiene una clara similitud con la unidad de vivienda de Le Corbusier, caracterizada por un número fijo de habitantes, instalaciones centralizadas, edificios centralizados, la *rue interieure*, la circulación en la planta baja- y ciertas soluciones de la arquitectura moderna. Incluso el número de habitantes previsto en el paralelogramo de Owen (1.200 habitantes) y en el falañsterio de Fourier (1.620 habitantes) se asemeja al de la “unidad de vivienda” de un acre por habitante. Unas similitudes que

encontraríamos también si analizáramos las propuestas organicistas de Frank Lloyd Wright (1867-1959).²⁵

Pero la unidad de vivienda de Le Corbusier incorpora ya las mejoras técnicas que se dieron a partir de la segunda mitad del siglo XIX, con la incorporación de nuevos materiales y de nuevas técnicas constructivas que permitieron la industrialización, o la estandarización, de la producción de vivienda. Así, la vivienda, pasó a ser considerada sobre todo como un producto técnico, que respondía a unas determinadas necesidades humanas básicas de vida en el medio urbano, y que además, se insertaba en un mercado. En este sentido, la introducción del acero, del cemento armado, y también del cristal revolucionaron las posibilidades de construcción, así como también la introducción de determinados equipamientos, como el ascensor que posibilitaba la construcción en altura, contribuyeron a la intensificación del fenómeno urbano.

Así, las propuestas urbanas racionalistas de Le Corbusier o las organicistas de Frank Lloyd Wright, ya sean globales del hecho urbano en su conjunto, ya sean en el diseño particular de alguno de sus elementos, recogen esta necesidad de solucionar los problemas sociales que acarrea la ciudad y la urbanización, lo que quizás entroncaría con la herencia utópica de sus predecesores. Pero el foco, quizás, está más en la técnica que en lo social.

La utopía urbana del urbanismo durante el siglo XX

Las propuestas de Le Corbusier han tenido, sin duda, una difusión global. Sus planteamientos fueron aplicados a la planificación de numerosas ciudades del mundo, también de las del denominado Tercer Mundo. Cabe destacar, por ejemplo, que los planteamientos racionalistas fueron aplicados en el caso de Brasilia, la nueva capital de Brasil, proyectada y construida por los arquitectos brasileños Oscar Niemeyer (1907-1912) y Lucio Costa (1902-1998), entre los años cincuenta y sesenta del siglo pasado. El primero como presidente del departamento encargado de proyectar y construir la ciudad, y el segundo como autor del plan urbanístico ganador del concurso que fue convocado. En el caso de Brasilia se concreta esta posibilidad que plantea el urbanismo moderno de poder realizar un proyecto de ciudad alternativa, de control del hecho urbano, aquí en la construcción de una ciudad, una capital, completamente nueva. Además, también bajo un cierto ideal utópico, no sólo en la propia concepción de la ciudad y sus elementos, también en este caso de reequilibrio territorial de Brasil. Y todo ello bajo las posibilidades técnicas que ofrecía el momento. Numerosas han sido las críticas al proyecto de la ciudad de Brasilia, centradas sobre todo en la desertificación de la zona administrativa en horas nocturnas, en la sensación de aislamiento y soledad que producen las grandes edificaciones o las vías de comunicación, y también en la generación de barrios marginales dado el crecimiento que tuvo la ciudad, que fue mucho más allá de lo previsto.

Los planteamientos de Le Corbusier, junto con otros como Gropius (1883-1969) o Mies van der Rohe (1886-1969), dieron lugar al estilo internacional, aplicado por una segunda generación de arquitectos, como Sert (1902-1983), o los mismos Niemeyer o Lucio Costa. Un estilo que sometía los estilos de vida a unos planteamientos rígidos,

²⁵ Benevolo 1979 [1963], p.113.

basados en la función y en la aplicación de unos materiales y técnicas constructivas homogéneas a cualquier lugar del mundo.

Las propuestas para solucionar el problema de la vivienda también han sido una constante. Así, las propuestas de vivienda colectiva de Le Corbusier, basadas en sus ideas sobre la creación de espacios habitables con unas condiciones mínimas, y concretadas en la unidad de vivienda o habitación, aplicada al caso de Marsella (1947-1952) en primer lugar, y posteriormente en Nantes-Rezé (1953-55), Berlín (1956-58), Briey (1959-1960) y Firminy-Vert (1965-1967), ha tenido también una gran difusión, tanto en los países occidentales como en los que en su día fueron los países socialistas, y también tanto en los suburbios, como en los centros urbanos. El periodo de postguerra en Europa, dadas las necesidades de vivienda generadas por la destrucción bélica y por la inmigración hacia las ciudades, fueron un momento de aplicación general de las ideas de Le Corbusier. Los *Grands Ensembles* en el caso de Francia son un ejemplo, edificios que en algunos casos pueden tener una calidad arquitectónica incuestionable, pero que a la postre no han solucionado el problema de la vivienda, y en muchos casos, han sido elementos generadores de nuevos problemas sociales, como la segregación étnica y la creación de guetos. Cabe destacar que entre 1955 y 1975 esta fórmula produjo en Francia más de ocho millones de viviendas.

Así, la difusión de los bloques de viviendas, denominadas en algunos momentos como “colmenas”, ha sido global, y hoy son una constante en buena parte de los suburbios, y en algunos casos los centros, de nuestras ciudades. Si en general han sido la apuesta para solucionar el problema de la vivienda, a partir de unos formatos y unas técnicas estandarizadas para todo el mundo, que han ido evolucionando a lo largo de los años, también es destacable la aparición de problemas sociales, como en el caso francés, fruto de la localización de estas edificaciones, su estructura, la calidad de los materiales de construcción, o también su inserción en un marco de mercado capitalista, que debe proveer la vivienda a la población. En este sentido, es destacable los problemas sociales aparecidos en el edificio diseñado por Oscar Niemeyer en el centro de São Paulo en 1951, conocido como el Copan²⁶, cuando durante la década de 1990 fue considerado como un *cortiço*. O también los numerosos problemas surgidos en los suburbios, tanto del extinto mundo socialista como el occidental.

De esta forma, se podría establecer que la difusión técnica de la herencia de los socialistas utópicos del siglo XIX a partir del urbanismo funcionalista no vino acompañada de la utopía social que aquellos propugnaban. Poco a poco, se ha producido un progresivo vaciado de lo social de las utopías del siglo XIX, privilegiando el papel de la técnica para la solución de los problemas sociales de lo urbano. Y ello incluso ha derivado en una creciente banalización de las utopías urbanas del siglo XIX, tal y como lo demuestra la Playa de Nueva Icaria en Barcelona²⁷, muy alejada de la utopía socialista de Cabet.

²⁶ Es uno de los edificios más emblemáticos del centro de São Paulo, fue inaugurado en 1966.

²⁷ Algunos seguidores de Étienne Cabet entre 1846 y 1847 se instalaron en el barrio del Poblenou de Barcelona denominando la zona como Nueva Icaria. Entre estos se encontrará Narcís Monturiol i Estarriol (1819-1885) ingeniero, pintor y político célebre por ser el inventor del primer submarino tripulado. En 1992, a partir de las reformas ejecutadas por los Juegos Olímpicos de Verano el topónimo de

Conclusiones

A nivel de conclusiones hemos de tener en cuenta que la difusión de las utopías urbanas ha sido eminentemente técnica, un hecho que las ha vaciado de contenido social. En consecuencia se constata como el urbanismo por si solo, como aplicación formal, es imposible que resuelva problemas sociales, tanto pasados como contemporáneos. Las nuevas técnicas urbanísticas, surgidas de las nuevas lógicas neoliberales aplicadas a la administración pública tampoco se escapan de este lastre. Este sería el caso del denominado como urbanismo por catálisis que algunos planes de mejora urbana del programa de la *Llei de Barris de Cataluña* (aprobada en 2004) ha intentado conseguir para el centro de las ciudades. A pesar de la (buena) voluntad del programa para mejorar las condiciones sociales de los residentes, la técnica aplicada claramente está al servicio de los intereses privados del mercado inmobiliario y no de los vecinos de estos barrios, mayoritariamente arrendatarios. Es de esta manera que las utopías o son sociales y políticas o no son utopías.

No obstante, debemos tener en cuenta que, a pesar de que a lo largo del siglo XX la técnica ha vaciado de contenido social a las pretendidas utopías urbanas; si seguimos la obra de Milton Santos (1826-2001) *Por uma outra globalização, do pensamento único à consciência universal* (2000) por primera vez en la historia de la humanidad las condiciones técnicas actuales ya contienen en ellas mismas la utopía social. Gracias a las condiciones del medio técnico-científico informacional hemos podido crear una historia actual que puede ser global y que se puede crear desde abajo hacia arriba y por todo el mundo, sin necesidad de recurrir al *Nuevo Mundo* al que recurrieron los socialistas utópicos. Y es que por primera vez en la historia de la humanidad la unicidad de la técnica incorpora grandes dosis de ciencia e información, convirtiéndolas en globalizantes e incorporando ellas mismas información que posibilitara la emancipación de los más pobres.

Bibliografía

BENEVOLO, L. *Orígenes del urbanismo moderno*. Madrid: H. Blume Ediciones, 1976 [1963].

CABET, E. *Viaje por Icaria*. Barcelona: Orbis, 1986 [1840].

CARRERAS, C. MORCUENDE, A. *Del sueño utópico a la realidad urbana: definiendo y defendiendo la utopía de las propuestas urbanas a las propuestas políticas*. Actas del XIV Coloquio Internacional de Geocrítica, Departament de Geografía Humana, Barcelona: Universitat de Barcelona, 2016.

CERDÀ, I. *Teoría general de la urbanización: y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona*. Madrid: Imprenta Española, 1867.

CHOAY, F. *L'urbanisme, utopies et réalités*. Paris: Éditions du Seulli, 1965.

Nueva Icària dio lugar a un parque y a una playa, muy cerca del lugar donde se establecieron los icarianos en el siglo XIX.

CLOE, G. D. H. *Socialist thought. The forerunners. 1789-1850*. Londres: Macmillian & Co, 1953.

ENGELS, F. *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Barcelona: DeBarris, 1998 [1852].

FOURIER, Ch. *Theorie des quatre mouvements et des destinées générales*. Chicoutimi: Université du Québec, 1967 [1808].

FOURIER, Ch. *Le nouveau monde industriel et sociétaire*. Paris: Antrophos, 1971 [1847].

GODIN, J.B. *Social solutions*. New York: J. W. Lovell Company, 1886 [1841].

GODWIN, P. *Doctrines of Charles Fourier*. Nova York: Redfield, Clinton Hall, 1844.

HARVEY, D. *París capital of Modernity*, New York: Routledge, 2003.

LE CORBUSIER. *Principios de urbanismo. La Carta de Atenas*. Barcelona: Ariel, 1989 [1957].

MARX, K., ENGELS, F. *Manifest del partit comunista*. Barcelona: La Magrana Ed. 62, 1977 [1848].

MONTESINOS, E. *La ciudad creativa como utopía y una alternativa a partir de Walter Benjamin*. Actas del XIV Coloquio Internacional de Geocrítica, Departament de Geografia Humana, Barcelona: Universitat de Barcelona, 2016.

OWEN. R. *A new view of society, or essays on the principle of the human character*. Londres: Cadell & Davis, 1813-1814.

SANTOS, M. *Naturaleza do espaço*. São Paulo: Hucitec, 1996.

SANTOS, M. *Por uma outra globalização, do pensamento único á consciência universal*. Rio de Janeiro: Record, 2006 [2000].

SICA, P. *Historia del urbanismo. El Siglo XIX Tomo2*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1981[1977].